

¿HAYA, ENCINA O ALCORNOQUE? ECOS DE UNA POLÉMICA VIRGILIANA EN EL *QUIJOTE*

Cervantes frequently adopts a double point of view when he describes the reality. This fact is detected in *Don Quixote* and, from a syntactic point of view, it is revealed by the presence of disjunctive couples. In this article we deal with one of them: «beech or holm oak». Although these couples have been explained by reason of Cervantes's perspectivism, in this case another explanation can be given: in the commentaries that appear in XVIth and XVIIth centuries about Virgil's *Eclogues*, there is a controversy about whether *fagus* (*Ecl.* I, v. 1) means *beech* or *holm oak*. We think that, under this disjunctive couple, there is an ironical criticism against this sort of comments, which is bound to Cervantes's conception of Humanism.

La importancia de la *Égloga* I de Virgilio en la historia literaria de Occidente es tal, que lleva a Curtius a hacer la siguiente afirmación:

«quien no tenga en la cabeza este poemita no tendrá tampoco la clave de la tradición literaria europea»¹.

En los primeros versos de dicha composición, se muestra uno de los motivos de la poesía bucólica: la existencia de un *otium* que permite a los pastores su dedicación exclusiva a la composición poética. Dicho *otium* se expresa mediante un pastor que se encuentra tendido a la sombra de un haya (*sub tegmine fagi*), cantando poemas a su amada².

¹ E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media Latina*, Madrid 1984, p. 273.

² Dicho motivo de la sombra vegetal unida al canto aparece en Virgilio y se difunde por doquier en toda la literatura pastoril posterior. Vid. para este tema el importante

Numerosas huellas de dicho motivo se rastrean en la literatura española del Siglo de Oro³. Nosotros nos vamos a fijar en el *Quijote*, obra en la que también aparece usado en algunas ocasiones. Así en el capítulo XXVIII de la segunda parte, cuando, antes de la aventura del barco encantado, caballero y escudero se meten en un bosque para descansar:

«Con esto se metieron en la alameda, y don Quijote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya; que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen pies, y no manos»⁴.

Observamos un tratamiento burlesco del motivo *sub arbore quadam*, lo cual logra mediante un juego de palabras. Dicha burla responde a una tendencia a la reducción irónica de los elementos de la literatura pastoril, presente en la obra cervantina⁵. Esta intención burlesca sería percibida por el lector, ya que la locución «al pie de» es la que se utiliza para verter la preposición *sub* en las imitaciones literarias

trabajo de V. Cristóbal López *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, Madrid 1980, donde realiza un estudio de todos los motivos de la poesía bucólica y su presencia en la literatura posterior, tanto latina como castellana (para este motivo, vid. pp. 148-188). Según Curtius (*op. cit.*, p. 269), el escribir poesía debajo de un árbol es uno de los motivos literarios de la poesía helenística.

³ Para la presencia de este motivo en la literatura española (sobre todo en el siglo XVI), puede consultarse la mencionada obra de V. Cristóbal López (pp. 170-188).

⁴ *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. L. A. Murillo, vol. II, p. 261 (todas las citas del *Quijote* se harán por esta edición).

⁵ Señalemos que, a pesar de que lo pastoril es esencial en la sensibilidad cervantina (recordemos que hasta el fin de sus días manifiesta su intención de continuar *La Galatea*), sin embargo, no adopta hacia este mundo la misma actitud que mostraron los autores de la centuria anterior (la misma *Galatea* es una obra atípica dentro del género. Cf. la introducción que J. B. Avalle-Arce hace a su edición de *La Galatea*, Madrid 1987, pp. 10-26), sino que somete los tópicos pastoriles a una reducción irónica, que se ve patente en el *Coloquio de los perros*, cuando Berganza describe la vida real de los pastores, contraponiéndola a la que aparece en la literatura pastoril:

«Lo más del día se les pasaba espulgándose o remendando sus abarcas: ni entre ellos se nombraba Amarilis, Filidas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antones, Domingos, Pablos o Llorentes» (*Coloquio de los perros, Novelas ejemplares*, ed. J.B. Avalle-Arce, vol. III, Madrid 1982, p. 254).

Para la actitud de Cervantes ante el género pastoril, puede verse A. Castro, *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona 1987 (la primera edición data de 1925), pp. 187-190 y J. B. Avalle-Arce, *La novela pastoril española*, Madrid 1972, pp. 229-263.

del tópico *sub arbore quadam*⁶, con lo que la ascendencia virgiliana de dicho motivo se hace evidente para el lector culto⁷.

Más interesantes para el reflejo de esa polémica virgiliana a la que nos hemos referido en el título de este artículo son los otros dos textos en los que aparece dicho tópico. Así en el capítulo LX de la segunda parte:

«Sucedió, pues, que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas encinas o alcornos; que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras suele»⁸.

Con este mismo motivo nos volvemos a encontrar en el capítulo LXVIII de la segunda parte, en el que se describe la aventura cerdosa de don Quijote:

«Don Quijote, arrimado al tronco de una haya o de un alcornoque —que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era—, al son de sus mismos suspiros cantó desta suerte...»⁹.

⁶ Por ejemplo Garcilaso, que, en la *Egloga I* sitúa a Salicio recostado «al pie de una alta haya» (v. 46). Dicha traducción de *sub* tiene ascendencia sannazariana (cf. V. Cristóbal López, *op. cit.*, pp. 170-171, con ejemplos de la presencia en *La Arcadia* de la locución adverbial «appiè di» precediendo a nombres de árboles).

⁷ El deseo de mostrar al lector culto sus modelos es una característica de la técnica imitativa de Cervantes, quien nunca ocultó sus deudas literarias. Un ejemplo lo encontramos también en el *Quijote*, en la narración de la estancia de don Quijote en el palacio de los duques, construída a partir del episodio de Dido y Eneas. Para que el lector perciba dicha ascendencia, don Quijote pronuncia las siguientes palabras, cuando doña Rodríguez va al aposento de nuestro caballero a horas intempestivas a solicitar su ayuda:

«ni yo soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco más, según imagino, y en una estancia más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y alevoso Eneas gozó a la hermosa y piadosa Dido». (ed. cit., vol. II, p. 399).

⁸ Ed. cit., vol. II, p. 491.

⁹ Ed. cit., vol. II, p. 551. En este caso, Cervantes asocia el motivo vegetal con el canto, unión que, como hemos dicho, es frecuente en la literatura pastoril.

¿Cómo puede explicarse esta reiterada falta de conocimientos botánicos en Cide Hamete, cuando Cervantes lo describe como un puntual narrador?

Una primera explicación se deriva del estilo prismático del *Quijote*¹⁰, consecuencia del cual es la vacilación que en la determinación de la realidad observamos en diversos personajes (sobre todo en don Quijote), lo cual trae como consecuencia la aparición de pares disyuntivos (bacía-yelmo, molinos-gigantes, etc.). Dicha vacilación se manifiesta sobre todo en la identificación de objetos humildes¹¹. Esta duda de Cide Hamete a la hora de determinar los árboles sería, según lo que acabamos de decir, un testimonio más de esta vacilación en la identificación de cosas humildes, con la diferencia de que, en esta ocasión, esta oscilación es puesta, no en boca de los personajes, sino en la del narrador¹².

Otra explicación posible se deriva de la concepción cervantina de la estructura narrativa. Nuestro autor manifiesta en varias ocasiones su oposición a la introducción de detalles innecesarios a la línea argumental de la historia. Así, en el capítulo XVIII de la segunda parte, al describir la casa de don Diego de Miranda:

«Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ella lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico, pero al traductor de esta historia le pareció pasar éstas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito general de la historia, *la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones*»¹³.

¹⁰ Denominación usada por A. Castro. Cf. *Cervantes y los casticismos españoles*, Barcelona 1967, p. 78.

¹¹ Cf. J. B. Avalle-Arce - E. C. Riley, «Don Quijote», ap. J. B. Avalle-Arce - E. C. Riley (eds.), *Suma cervantina*, Londres 1973, pp. 68-69, con ejemplos, entre los que no incluyen los que son objeto de nuestro artículo.

¹² En la segunda parte esta oscilación se manifiesta incluso en el título de algunos capítulos. Tal es el caso del XVIII, que es encabezado por el siguiente epígrafe: «De lo que sucedió a don Quijote en el *castillo o casa* del Caballero del Verde Gabán» (ed. cit., vol. II, p. 168. Subrayado nuestro).

¹³ Ed. cit., vol. II, p. 169. Subrayado nuestro. Américo Castro (*Hacia Cervantes*, p. 432) considera que esta omisión se explica por la concepción cervantina de la realidad:

Esta vacilación que muestra el narrador en la identificación de las cosas humildes constituiría, según esto, una burla de Cervantes dirigida contra los autores que muestran un excesivo detallismo¹⁴. Frente a éstos, don Miguel vacila incluso en el nombre de su héroe, ya que, según él, era un detalle que no estaba ligado en sí a la verdad o falsedad de la historia¹⁵.

Si bien estas dos explicaciones que hemos ofrecido son perfectamente aceptables, nosotros creemos que hay una tercera.

Ya hemos visto cómo detrás de estos pasajes se encuentra el tópico *sub arbore quadam* que, en la forma *sub tegmine fagi*, aparece en el verso 1 de la *Egloga* I de Virgilio. Pues bien, entre los comentaristas españoles del mantuano de los siglos XVI y XVII se estableció una polémica acerca de la identificación de dicho árbol. Dicha polémica es iniciada por el Brocense quien, en su edición y comentario de las *Bucólicas* de Virgilio fechada en 1591, con su habitual libertad de criterio, expresa una opinión, según sus palabras, contraria, no sólo a los comentaristas de Virgilio, sino a los autores de libros de botánica:

Contra commentatores, non solum Eclogarum, sed etiam plantarum contendo, hic fagum sumi pro ilice, aut verius esculo, non pro haya Hispane: qui dicunt non quadrare ut pastores sub ilice captent umbras, falluntur [...] Virgil.

Forte sub arguta considerat ilice Daphnis.

*Adde, quod Phegos sic dicitur Graece a comedendo, ut esculus ab edendo, quia veteres glande vescebantur*¹⁶.

«...toda la descripción, valiosa para un 'costumbrista', quedaba fuera del auténtico estilo del autor, servía de marco, no era *manejada* por la figura literaria» (subrayado del autor).

¹⁴ El mismo Cervantes apunta en ciertas ocasiones cierta finalidad burlesca. Tal es el caso de la descripción del medio de transporte usado por tres labradoras (cap. X de la segunda parte):

«Venían tres labradoras sobre tres pollinos, o pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas, *pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo*» (ed. cit., vol. II, p. 107. Subrayado nuestro).

¹⁵ Para ver una interpretación de esta oscilación que en el primer capítulo se produce acerca del nombre de nuestro caballero, puede verse J. B. Avalor-Arce, *Don Quijote como forma de vida*, Madrid 1976, pp. 60-97 («el nacimiento de un héroe»).

¹⁶ P. Virgilii Maronis *Bucolica serio emendata. Cum Scholiis Francisci Sanctii Brocensis*, Salamanca 1591, ap. G. Mayans (ed.), *Francisci Sanctii Brocensis opera omnia*

Como vemos, el Brocense se sirve de una explicación etimologista para identificar *fagus* con «encina»: relaciona dicho vocablo latino con el verbo griego φαγεῖν. En consecuencia, dicho árbol debe ser uno que produzca frutos comestibles. Al existir una tradición, según la cual las bellotas fueron el primer alimento de la humanidad, *fagus* ha de denominar a un árbol que produce dicho fruto, y el árbol glandífero por excelencia es la encina¹⁷.

Comentarios a la obra virgiliana posteriores al del Brocense y anteriores a la segunda parte del *Quijote* inciden en esta cuestión. Así Diego López, discípulo directo del filólogo de Brozas, quien, en su traducción y comentario de la obra completa de Virgilio (Valladolid, 1600), se opone a su maestro, ofreciendo los siguientes argumentos:

1. El hecho de que Virgilio use un determinado motivo vegetal en una égloga no quiere decir que vayamos a encontrar en todas éste. Frente al Brocense, que justificaba la identificación de *fagus* con encina porque aparecía dicho árbol en la *Egloga* VII, Diego López dice que «los pastores tienen las siestas a sombra de enzina, roble, y en lugar donde la hallaban mas a proposito»¹⁸.

2. Frente al argumento botánico del Brocense, Diego López se refiere al haya como un árbol glandífero, al igual que la encina:

«Dize mas [*i.e.*, Servio], que *fagus* significa árbol glandifera, con lo qual dan a entender mas claramente que significa haya, y no encina, pues tambien la haya da bellotas»¹⁹.

[...] *Tomus secundus seu operum philologorum pars prima. Genevae. Apud Fratres de Tournes. MDCCLXVI, pp. 178-179.*

¹⁷ Dicha relación genética entre *fagus* y el verbo φαγεῖν aparece en Servio, y sirve a dicho autor para ofrecer una interpretación alegórica de dicho verso (interpretación que no aparece en el Brocense):

quod autem eum sub fago dicit iacere, allegoria est honestissima, quasi sub arbore glandifera, quae fuit victus causa: antea enim homines glandibus vescabantur, unde etiam fagus dicta est ἀπὸ τοῦ φαγεῖν; hoc videtur dicere: iam sub umbra fagi in agris tuis, tuas retentans possessiones, quibus aleris, sicut etiam glandibus alebantur ante mortales

(*Servii Grammatici qui feruntur in Vergilii Bucolica atque Georgica Commentarii*, ed. G. Thilo, Hildesheim 1961, pp. 4-5).

¹⁸ D. López, *Las obras de Publio Virgilio Maron traducido en prosa castellana con comento y anotaciones. Año 1657. En Madrid. En la Imprenta de Melchor Sánchez*, p. 21.

¹⁹ D. López, *op. cit.*, p. 22.

Además de ofrecer este contraargumento a la justificación botánica del Brocense, él ofrece otro argumento de este tipo para demostrar que *fagus* se refiere al haya: en la *Egloga V* Mopso dice que va a cantar unos versos que él grabó *cortice fagi* (v. 13):

«...como si dixere, antes experimentarè aquellos versos que poco ha escriui en la verde corteza de la haya, y no de enzina, cuya corteza es aspera, escabrosa e inútil para escriuir, y por lo contrario la corteza de la haya es mas suaue, porque es semejante a la del alamo, en la qual facilmente se escriue»²⁰.

La conclusión de estos argumentos puede deducirse fácilmente:

«con las razones referidas dexamos probado que *fagus* significa haya, y no encina»²¹.

Por su parte, Juan Luis de la Cerda, en el comentario a las *Bucólicas* y *Geórgicas* (1607), defiende la traducción de *fagus* por «encina» sirviéndose del mismo argumento botánico que el Brocense:

*Interpretes, et multi alii capiunt eam arborem, quam Hispani dicunt haya. Non sic est. Proprie fagus est, encina, carrasca, omnino quercus aut esculus. [...] est nemo, qui non faciat arborem glandiferam, ex qua et nunc sues edant, et olim homines victitarint: hanc autem nullam esse aliam, quam, quercum, aut eius generis aliquam, perspicuum est*²².

Quizás en esta falta de cultura botánica de Cide Hamete se esconda una burla hacia esta disputa filológica mantenida entre los tres virgilianistas más importantes de los siglos XVI y XVII, cuya obra pudo muy bien conocer Cervantes.

Dicha actitud irónica hacia estas cuestiones se enraiza, en nuestra opinión, en la concepción que tiene Cervantes de la educación y, más en concreto, de la función de la enseñanza de las lenguas clásicas. Dicha concepción se describe en el encuentro que don Quijote tiene con don

²⁰ D. López, *op. cit.*, p. 21-22.

²¹ D. López, *op. cit.*, p. 22.

²² P. Virgilii Maronis *Bucolica et Georgica argumentis, explicationibus, et notis illustrata a Ioanne Ludouico de la Cerda Toletano e Societate Iesu* (s.l., s.a.), p. 2.

Diego de Miranda, y en el que éste le habla de su hijo don Lorenzo. Cervantes ha plasmado en el padre y el hijo dos ideales de humanismo:

1. Don Diego representa un humanismo que podemos denominar «trascendente», esto es, el estudio de los autores clásicos no se agota en sí mismo, sino que ha de estar encaminado a una finalidad, que puede ser de dos tipos:

a) La adquisición por parte del alumno de unos conocimientos suficientes de latín y griego para que posteriormente pueda afrontar el estudio del Derecho y la Teología.

b) El perfeccionamiento moral del alumnado que se pone en contacto con los autores clásicos.

2. Don Lorenzo, por el contrario, personifica el ideal de un humanismo que podemos llamar «inmanente», según el cual los estudios de autores clásicos deben realizarse sin tener en cuenta una finalidad ulterior.

Así describe Cervantes la oposición entre ambas concepciones del estudio de los autores clásicos:

«Yo, señor don Quijote, [...] tengo un hijo, que, a no tenerle, quizá me juzgara por más dichoso de lo que soy; y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años; los seis ha estado en Salamanca, estudiando las lenguas latina y griega; y cuando quise que pasase a estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesía, si es que se puede llamar ciencia, que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en un siglo donde nuestros reyes premian las virtuosas y buenas letras; porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el día se le pasa en averiguar si dijo bien o mal Homero en tal verso de la *Iliada*; si Marcial anduvo deshonesto, o no, en tal epigrama; si se han de entender de una manera o otra tales y tales versos de Virgilio. En fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio,

Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta»²³.

En último término, esta diversidad de criterios responde a una oposición entre una concepción antigua y moderna del saber clásico: el hijo es un representante del humanismo puramente filológico presente en España en la explosión renacentista, mientras que el padre defiende una jerarquización de los saberes, que favorece el Derecho y la Teología, en detrimento del saber filológico. Asimismo defiende una interrelación entre sabiduría y moral. Estos principios, presentes ya en el siglo XVI²⁴, tienen un alcance mayor en el siglo XVII, merced a la gran difusión del ideal jesuítico de educación, en el que la enseñanza de las lenguas clásicas sirve únicamente de pórtico para que los alumnos puedan arrostrar los estudios superiores (sobre todo los de teología), y en la que la selección de autores y obras a traducir se realiza basándose en criterios morales²⁵.

D. Quijote simpatiza rápidamente con el hijo, hasta tal punto que quiere llevárselo con él para enseñarle el oficio de la caballería andante, considerando que, para tal menester, el hijo serviría mucho más que el padre, que se nos muestra eminentemente pragmático. Esto podría hacernos pensar que Cervantes simpatiza con el hijo y que éste querría una vuelta a una concepción humanística ya trasnochada. Sin embargo, existen otros pasajes en los que Cervantes adopta una actitud irónica frente a algunas obras humanísticas y, en concreto, frente al comentario. Esto lo observamos en la presentación del licenciado que acompaña a don Quijote a la cueva de Montesinos, quien, al preguntarle nuestro caballero a qué se dedicaba,

«respondió que su profesión era ser *humanista*; sus ejercicios y estudios, componer libros para dar a la estampa, todos de

²³ Ed. cit., vol. II, p. 154.

²⁴ La interrelación entre sabiduría y moral está presente en el ideario erasmista. Así, en la regla sexta del *Enchiridion* de Erasmo se insta a la buena educación de los hijos desde la cuna, para lo cual debe apartárseles de cualquier tipo de literatura lasciva, y en las obras pedagógicas del humanista de Rotterdam se recomienda al maestro que extraiga enseñanzas morales o filosóficas de la explicación de los textos clásicos. Cf. M. Bataillon, *Erasmo y el erasmismo*, Barcelona 1977, p. 129.

²⁵ Para este cambio de humanismo en el tránsito del siglo XVI al XVII, vid. L. Gil, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid 1981, pp. 268 ss.

gran provecho y no menos entretenimiento para la república»²⁶.

Posteriormente se nos indica cuáles son esos libros tan útiles y provechosos para la república, entre los que se encuentra una continuación del *De inuentoribus rerum* del filólogo Polidoro Virgilio:

«Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento a Virgilio Polidoro*, que trata de la invención de las cosas, que es de grande erudición y estudio, a causa de que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele a Virgilio el declararnos *quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico*, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores; porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro a todo el mundo»²⁷.

La actitud burlesca hacia este personaje queda patente en las elucubraciones que inmediatamente después pone en boca de Sancho y que versan acerca de quién fue el primero que se rascó en el mundo o sobre la identidad del primer volatinero, respondiéndose a sí mismo que fueron, respectivamente, Adán y Satanás. Don Quijote entonces le insinúa que dichas respuestas no se le pueden haber ocurrido a él, sino que se las ha oído a algún vecino. He aquí la respuesta de Sancho:

«...a buena fe que si me doy a preguntar y responder, que no acabe de aquí a mañana. *Sí, que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos*»²⁸.

Estas palabras de Sancho representan la réplica burlesca a ese afán que tiene el estudiante de acumular autoridades para apoyar sus afirmaciones sobre asuntos de tanta sustancia, y no olvidemos que dicha acumulación de autores se observa en algunos comentarios de esta

²⁶ Ed. cit., vol. II, p. 205. Subrayado nuestro.

²⁷ *Ibid.*, p. 206. Subrayado nuestro.

²⁸ Ed. cit., vol. II, p. 207. Subrayado nuestro.

época, con lo que don Miguel, de manera indirecta, ironiza contra dicho tipo de obra.

La sentencia global sobre este tipo de humanistas la pronuncia don Quijote:

«...hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria»²⁹.

En otras ocasiones el dardo de Cervantes apunta explícitamente al comentario humanístico. Así, en *El Licenciado Vidriera*, cuando habla de la selección bibliográfica que realiza Tomás Rodaja para llevar en la faldriquera:

«Los muchos libros que tenía los redujo a unas *Horas de Nuestra Señora* y a un *Garcilaso* sin comento que en las dos faldriqueras llevaba»³⁰.

Esta precisión cervantina sobre la edición garcilasiana que llevaba Tomás Rodaja denota, en nuestra opinión, la poca estima que Cervantes tenía por el comentario de fuentes, típicamente renacentista, y que Herrera y el Brocense habían aplicado a la obra del poeta toledano.

Si bien la ironía cervantina nos impide determinar con total seguridad cuál es el pensamiento real de este autor, creemos que los pasajes citados muestran cierto grado de animadversión hacia un humanismo puramente filológico, en contra de la tesis de Américo Castro, quien postuló una defensa por parte de Cervantes de los ideales de don Lorenzo, frente a los de don Diego, lo cual traería como consecuencia una apología de dicho tipo de humanismo³¹.

Desde este punto de vista creemos que debe interpretarse esa vacilación de Cide Hamete Benengeli, mediante la cual Cervantes está

²⁹ *Ibid.*, p. 207.

³⁰ *Novelas ejemplares*, ed. J. B. Avalle-Arce, vol. II, Madrid 1986, p. 108.

³¹ Cf. «La estructura del 'Quijote'», *Hacia Cervantes*, Madrid 1967, pp. 302-358 (para este tema, vid. pp. 348-349, en las que pone en relación esta oposición a la ideología dominante con su carácter de cristiano nuevo). Diferente postura adopta Bataillon, estudioso que define a don Diego como el «ideal moral y religioso» de Cervantes (*Erasmus y España*, Madrid 1983, p. 792).

lanzando sus dardos irónicos contra ese humanismo puramente filológico, que hacía a los estudiosos disputar sobre el significado de *fagus*, disputa que haría a Cervantes esbozar una sonrisa y quizás (por qué no), con un guiño malicioso, diría algo parecido a lo siguiente:

a estos humanistas todo el día se les pasa en averiguar si la voz *fagus* designa el haya, la encina o el alcornoque, estudio que, en su opinión, reporta grande utilidad y entretenimiento para la república pero que, después de averiguado, no importa un ardite³².

Universidad de Valladolid

J. A. IZQUIERDO

³² Esta actitud irónica hacia un humanismo puramente filológico (cuyo último representante sería el Brocense) puede ponerse en relación con su educación erasmista, la cual, como hemos dicho, imbrica la instrucción y la moral (recordemos que el maestro de Cervantes, López de Hoyos, es defensor de dicha filosofía. Cf. M. Bataillon, *Erasmus y España*, p. 733, y A. Castro, *Hacia Cervantes*, p. 229).